



Ofrenda

en el altar del poeta

JOSÉ LUIS DÍAZ-GRANADOS

Recuerdo perfectamente la noche de fiesta en que María Mercedes Carranza me presentó a Juan Gustavo Cobo Borda, durante el acto de premiación del concurso de poesía y cuento “Riopaila”, que ella presidía. Ninguno de los tres sobrepasábamos los 20 años, y Cobo era un niño alto, rubio, de rostro grave y mirada severa bajo los gruesos anteojos de carey, que hablaba poco y observaba mucho a la pléyade de jóvenes poetas y narradores que iban y venían por el salón con vasos desbordantes de whisky entre sus manos.

El inolvidable maestro Eduardo Carranza, el industrial y periodista Álvaro H. Caicedo, el historiador Arturo Abella y el jovencísimo periodista Daniel Samper Pizano eran los jueces del tribunal lírico y Juan Gustavo era el escritor precoz del mundillo cultural bogotano, el consentido de las páginas literarias de *Vanguardia*, donde María Mercedes publicaba sus poemas iniciales y las prosas con pretensión ensayística, con cariño y complicidad.

En adelante, Juan Gustavo, otros poetas adolescentes y quien escribe estas líneas nos seguiríamos encontrando con tal frecuencia que nos fuimos volviendo asiduos asistentes a las lecturas de poemas de unos y otros, contertulios en cafeterías emblemáticas del centro de Bogotá y de Chapinero, como La Piñata, el Robin Hood, La Romana y El Colonial (este último, predilecto de Giovanni Quessep, Manuel Hernández Benavides y Augusto Pinilla), hojeadores de libros en La Lechuza, que dirigía el promisorio narrador Luis Fayad, pero sobre todo, visitantes cotidianos o semanales de Cobo Borda en su legendaria casona de la calle 93.

En principio, yo pensaba que el joven bogotano era español y él me preguntaba si yo era de Pivijay. Entre 1967 y 1969, Juan Gustavo se fue convirtiendo en una

especie de líder, siendo el menor de todos en edad, a tal punto que se atrevió a romper el hielo de los inaccesibles suplementos de los grandes diarios del país, al lograr que publicaran los textos de una docena de noveles poetas en cada uno de ellos, hasta que fue conformando una nueva generación de autores de poesía a la luz de la nación entera, bajo la tutela afectuosa de Aurelio Arturo, Héctor Rojas Herazo y Fernando Charry Lara.

Juan Gustavo trabajaba sin descanso: creo recordar que cursaba un semestre de Derecho en el Externado de Colombia, donde su padre, el profesor Juan Fernando Cobo Cayón, un republicano español que infundía temor reverencial, era uno de los más respetados catedráticos de la ciencia jurídica, en tanto que el prometedor y algo terrible *enfant* de nuestras letras, escribía, publicaba, leía ensayos y poemas, y difundía los balbuceos primigenios de sus amigos y contemporáneos.

Era lógico el enfrentamiento con los escritores del Nadaísmo, la generación anterior a la nuestra. Y por una *boutade* de Gonzalo Arango, Juan Gustavo redactó una carta de protesta contra el profeta nadaísta, la cual firmaron destacados hombres de letras, académicos, sociólogos y periodistas, junto con los desconocidos amigos de Cobo Borda, y a pesar de tener un cercano parentesco —por el Borda— con el polémico escritor y ardiente izquierdista Jorge Zalamea, acudió a este aprendiz de mamerto que era yo, para que el autor de *El sueño de las escalinatas* accediera a encabezar la lista de firmantes contra el iconoclasta de *Nada bajo el cielo raso*.

Cobo recuerda el episodio cuatro décadas después:

Jorge Zalamea, Marta Traba, Manuel Mejía Vallejo, Eduardo Umaña Luna, Álvaro Fayad, Héctor Rojas Herazo y la Generación sin Nombre, de la cual yo hacía parte, firmamos un manifiesto en el cual se decía que Gonzalo Arango no tenía credenciales, que era un manipulador ilusionista que usó la benevolencia de publicaciones como *El Tiempo* y *Cromos* para intentar situarse en el panorama intelectual del país.

Ya a finales de la década no existía revista de cultura, suplemento dominical o antología donde no estuvieron publicados textos del grupo de amigos de Juan Gustavo.

El grupo pasó a denominarse la Generación sin Nombre, por sugerencia de Aurelio Arturo, y no tardó en recibir el apoyo de periodistas culturales como Álvaro Burgos Palacios, de *El Tiempo*, de editoriales icónicas como Papel Sobrante de Medellín que publicó el libro *Ohhh!*, con muestras representativas de la pléyade y del poeta catalán Jaime Ferrán, quien editó la ya mítica *Antología de una generación sin nombre*, que dio a conocer a estos poetas posnadaístas en España.

En aquella época, Cobo solía invitarnos a comer a su casa, donde tenía un pequeño comedor privado. Las exquisitas cenas eran rematadas con postres de brevas y arequipe, y nada más, pues el joven poeta era abstemio en materia de licores y cigarrillos, al contrario de la mayoría de



sus colegas. No obstante, cuando se presentaba alguna celebración especial, ponía a nuestra disposición un carrito preparado con los más finos licores, perteneciente al doctor Juan Fernando, su severo, pero al mismo tiempo afectuoso progenitor.

En el segundo piso de la mansión esquinera del Chicó, Juan Gustavo ya poseía una inmensa biblioteca, de donde extraía libros de autores, todos ellos desconocidos para quienes empezábamos a recorrer las avenidas literarias, como Juan Gelman, Ledo Ivo, Homero Aridjis, Marco Antonio Montes de Oca, Rosario Castellanos, y con la mayor espontaneidad nos los iba regalando con una generosidad y desprendimiento que lo ha caracterizado siempre a lo largo de su vida.

Una tarde nos citó allí a una docena de poetas amigos. ¿El motivo? Fabio Henker Villegas, director de la revista *Lámpara*, quería publicar una selección de textos de la novísima generación colombiana y acompañarla de una foto del grupo.

Por variadas razones —recuerdo que Giovanni Quessep andaba por la costa Caribe, Elkin Restrepo en Medellín, Miguel Méndez Camacho en Cúcuta, Jaime García Maffla en retiros espirituales y Manuel Hernández hablando de filosofía en el “Tout va bien”—, solo acudimos 7 al jardín de la casa de Juan Gustavo.

(Algo insólito o mágico de lo que no he podido reponerme aún de manera racional es que tres poetas, procedentes de ubicaciones distintas, nos encontramos de casualidad en el mismo bus: Henry Luque Muñoz, Álvaro Miranda y quien les narra). Cuando llegamos a la casa de Juan Gustavo ya estaban allí Darío Jaramillo Agudelo, David Bonells Rovira, Augusto Pinilla y, desde luego, el anfitrión.

El fotógrafo nos ubicó con rapidez inusitada, al azar, de espaldas al muro florecido del jardín, y de pronto soltó un **click** estelar desde su cámara, uno solo, sin repetición, así de improvisado, de sorpresa, sin revanchas ni posibilidades de arreglo, de

manera que la después llamada Generación sin Nombre quedó estampada para siempre con un Juan Gustavo que abre sonriente sus alas protectoras sobre un grupo de muchachos que decidimos entregar nuestras existencias, desde entonces, a la mágica opción de las palabras, que una tras otra producirían, a lo largo de ya casi medio siglo, poemas, ensayos y crónicas periodísticas, llegando a conformar, años después, la primera generación colombiana de poetas que publicó obra narrativa.

Cobo Borda ha dedicado su vida entera al cultivo y la difusión de las letras, tanto de las propias como de las del *próximo prójimo*. Cerca de dos centenares de libros son el testimonio verbal de una inconmensurable labor sin precedentes en la historia de la literatura nacional —poesía, ensayo, crítica de arte y literatura, antologías, compilaciones, prólogos, periodismo cultural, estudios sobre escritores colombianos y latinoamericanos, fundación de colecciones y bibliotecas básicas—, en donde se destaca una poesía fresca y rigurosa, y una prosa amena, erudita y reveladora a un mismo tiempo.

Esta breve evocación, ya prehistórica, desde luego, la hago tan solo para retener el tiempo en que se inició una cálida amistad sin manchas con el poeta Juan Gustavo Cobo Borda, el mismo que escribió poemas tan perdurables como ese que dice:

Errantes por el mundo,
solitarios en definitiva,
veo de golpe, todos los amigos.
Es como pasar a limpio
la libreta de teléfonos.
Renegando de la literatura
pero citando versos
jocosos e inaccesibles
pasan delante de la vista
orates todos ellos hasta el fin.
Hay tan poca diferencia
entre los vivos y los muertos.
Sedientos ambos
por una misma palabra
que calme su compulsiva avidez...



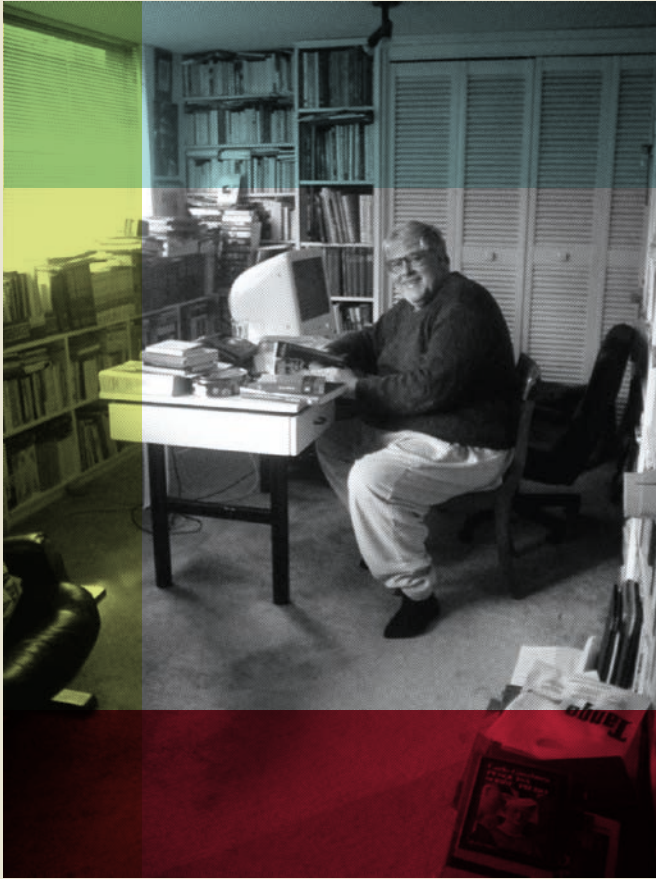
Fotografía de Pablo Salgado. Revista *Bocas*

Pues Cobo Borda escribe como fundando poéticas, como inventando el género, como si hiciera apuntes o escolios mientras saborea un opíparo desayuno en cómodas y elegantes estancias bogotanas, o sosteniendo un vaso de whisky mientras ve caer la llovizna al pie de los cerros de Chapinero, junto a Griselda, su compañera consecuyente y su bella hija Paloma.

El tiempo que se va
sin remordimiento alguno
los afectos diluidos.
La inercia arrolladora
de las conversaciones insulsas.
Lo que es humano, trivial, perecible.
La carencia de todo impulso.
El desencanto plácido
de este mundo
en ocasiones tan voluble...

Por otra parte, los homenajes a poetas predilectos —Silva, ¡siempre Silva!, Aurelio Arturo, Enrique Molina, Lord Byron, Gerard de Nerval, Cavafis— resultan harto luminosos y rebosantes de exaltación lírica, aunque sea preciso leerlos en silencio, en la penumbra. Y su visión crítica de la patria, su capital, los abuelos, su castellana

●
Cobo Borda ha dedicado su vida entera al cultivo y la difusión de las letras, tanto de las propias como de las del *próximo prójimo*. Cerca de dos centenares de libros son el testimonio verbal de una incommensurable labor sin precedentes en la historia de la literatura nacional [...], en donde se destaca una poesía fresca y rigurosa, y una prosa amena, erudita y reveladora a un mismo tiempo.
..... ●



tradición de “tierra que pone fin a nuestra pena”, la tierra de fuego, la tierra de leones, los padres de la patria y la Atenas suramericana, apunta a una irremediable vocación por revelar la vida y recontar la historia a través de la ironía y la iconoclastia.

Con sobrada razón, el mexicano universal Octavio Paz afirma:

“Ironía, lirismo, sensualidad, lucidez: con estos elementos contradictorios, Cobo Borda ha hecho poemas que me seducen de veras y que me parecen entre los mejores de la nueva poesía de nuestra lengua”.

Sin embargo, la “actitud de entrega” también puede asomarse a sus versos cuando reinventa sus idolatrías particulares (Venus y Adonis, incluido el Tiziano), sus inclementes musas de antaño o la más pura ternura convertida en Paloma.

Su poesía está elaborada con los elementos del diario vivir y anida una poderosa

fuerza verbal y una profunda gracia reveladora. Sus poemas tienen una apariencia juguetona, pero en ocasiones están armados con el fuste de la mordacidad y la desesperanza, siempre con una definida vocación crítica.

Pero en todas las palabras de Cobo Borda, en todos y en cada uno de sus textos, se van desenrollando con delicia suspiros y pasiones, ciudades y recuerdos, haciendo estallar en cada verso las fragancias de las sombras y las sonrisas del viento.

Su *Poesía reunida*, publicada por Tusquets Editores en 2012, agrupa todo el firmamento personal de Juan Gustavo Cobo Borda, donde las estrellas se desordenan felizmente en la lectura y tornan a ordenarse en armonía de amor y de sabiduría cuando cerramos el libro.

Parafraseando el párrafo final de las memorias de Ernest Hemingway, esta crónica recrea solo el recuerdo de ese tiempo dichoso en que éramos tan jóvenes y tan felices.

Juan Gustavo Cobo Borda, en este año de gracia de 2018 —cuando la XXXI Feria Internacional del Libro de Bogotá conmemoró con todas las de la ley los 50 años de la *Generación sin Nombre*—, ya está considerado por la crítica nacional e internacional como uno de los poetas cardinales de Colombia y quizá su más lúcido ensayista literario, y hoy, a las puertas de sus 70 años de vida, está en su plenitud creadora, aún germinando entre un océano infinito de palabras. **U**

José Luis Díaz-Granados (Colombia)
(Santa Marta, 1946). Poeta de la Generación sin Nombre. Obra poética: *El laberinto* (1968-1984), *La fiesta perpetua. Obra poética, 1962-2002* (2003), *Poesía completa* (3 tomos, 2015). Novelas: *Las puertas del infierno* (1985), finalista del Premio Rómulo Gallegos en 1987.